

DIAPPOSITIVA I

Teodoro R. Farrera / alumno del seminario de Teoría y Composición Dramática

El señor Olmedo
La señora Olmedo
La joven (hija de ambos)
La abuela

En el comedor: el señor Olmedo termina de comer.

SEÑOR OLMEDO: No me hagas nada para cenar, querida, es probable que hoy no regrese a casa temprano.

SEÑORA OLMEDO: ¿Piensas ausentarte ya tan pronto de la casa?

SEÑOR OLMEDO: ¡Querida, tengo que atender mis negocios como es debido! Creí que ya habíamos llegado a un acuerdo y que ambos trataríamos de normalizar nuestra vida cotidiana.

SEÑORA OLMEDO: Sí, sí, en eso quedamos, pero me parece que el retorno a la normalidad debe ser gradual. No entiendo cómo una simple llamada telefónica pudo volverte a la normalidad, así, de buenas a primeras.

SEÑOR OLMEDO: ¡Una llamada de negocios, querida. . .!

SEÑORA OLMEDO: No he dicho otra cosa. . .

SEÑOR OLMEDO: ¡La primera que acepto, en casi un año, para un coctel!

SEÑORA OLMEDO: Lo sé. . .

SEÑOR OLMEDO: Aun cuando tú no me lo hubieras recordado a cada momento, con tu presencia; mi angustia por desconocer el paradero de mi hija nunca hubiera disminuido.

SEÑORA OLMEDO: Soy la primera en alabar tu dedicación en la búsqueda de nuestra hija; durante todo el tiempo en que no supimos nada de ella.

SEÑOR OLMEDO: Ahora veo que sólo un esfuerzo de nuestra parte puede lograr que nuestro hogar sea lo que antes fue. Pero hay que llevarlo a la práctica, eso es lo que ya discutimos antes.

SEÑORA OLMEDO: Sí, lo sé, sé que yo también debo tener algo de tu determinación.

SEÑOR OLMEDO: Entonces, querida, ¡adelante en nuestro propósito! (*Le da un beso de despedida.*) ¡Buenos días, doña Leonor! (*Es la abuela, que entra en ese momento.*)

LA ABUELA: ¡Buenos días, hijo. . .! Parece que tiene mucha prisa.

SEÑORA OLMEDO: Sí, vuelve desde hoy a sus "compromisos apremiantes".

LA ABUELA: Déjalo volver a la normalidad; lo has retenido demasiado tiempo a tu lado.

SEÑORA OLMEDO: ¿Yo, o sus obligaciones como padre de Edelmira?

- LA ABUELA: Su preocupación por Edelmira lo retenía en casa, y tú lo monopolizabas en la recámara.
- SEÑORA OLMEDO: ¡Mamá! Tienes a veces una manera de expresarte. . .
- LA ABUELA: Siempre he hablado igual, ya deberías de estar acostumbrada. ¿O no es verdad que durante todo este tiempo no lo dejaste hablar por teléfono, si no usaba la extensión que tienes al lado de la cama?
- SEÑORA OLMEDO: Dílo como gustes entonces, pero nunca antes en los últimos diez años de nuestro matrimonio, Armando y yo nos habíamos visto tan cerca el uno del otro. *(La abuela ríe sarcásticamente.)* Y nos unió la desgracia común; hemos vuelto a encontrarnos, a reconocer los lazos indisolubles que nos unen. Es cierto que estoy algo desconcertada por su actitud de hoy: actuar, súbitamente, como si nada hubiera realmente sucedido. Sé que él es hombre y qué. . ., ¡pero creo que la rehabilitación de su hija también es deber suyo!
- LA ABUELA: Esa tarea puedes emprenderla tú sola, ahora no tratarás con la niña tonta, producto de tu educación particular. Edelmira es ahora "toda una mujer".
- SEÑORA OLMEDO: ¿Qué sabes tú lo que es ser una mujer?
- LA ABUELA: ¿Te refieres al estado a que estoy reducida actualmente?, haces escarnio de mi condición de anciana. Pero fui la mujer que te dio a luz, y que más tarde te advirtió del error de no abrirle los ojos a tu hija. Era un consejo de la mujer, querida, que retuvo a tu padre hasta su muerte. ¿Y sabes cómo lo logré?, siendo para él la mejor puta que jamás conociera: sabía cómo tratarme, y yo siempre le reclamé abiertamente sus infidelidades, cuando lo juzgué conveniente. ¡Pero todo este repugnante juego de hipocresías entre ustedes!, nunca ponen las cartas sobre la mesa, nunca se miran a los ojos cuando preguntan. . .
- SEÑORA OLMEDO: Tus tiempos eran otros, mamá.
- LA ABUELA: De mis tiempos es tu tía Rosalía, la que se fijó en un rufián sabiendo que él se casaría con una solterona, sólo por llevar una cómoda a costa de sus ahorros. Más tarde ella le reprocharía su "irresponsabilidad", cuidándose de nunca llamarlo rufián, ¿sabes por qué? Por la simple razón de que él se descararía ante ella y le diría: "Muy bien, querida, me has descubierto. ¿Por qué te casaste conmigo si lo sabías?, porque sabías que yo te daría, lo que otro que no fuera de mi calaña te hubiera dado."
- SEÑORA OLMEDO: ¡Tienes una forma tan sucia de decir las cosas, madre!
- LA ABUELA: Desinfectemos el ambiente entonces, no discutamos, hablemos de cosas vanas. *(Pausa.)* ¡Siempre olvidas la sal al poner la mesa; desde pequeña la olvidabas en la cocina: *(Entra a la puerta que debe pertenecer a la cocina.)*
- SEÑORA OLMEDO *(sola)*: ¡Insolencia de ancianos! *(Pausa)* Si al menos fueran sutiles en sus observaciones.
- (Aparece la joven, anda en bata, fuma un cigarro.
Todos sus modales revelan a una prostituta.)*
- SEÑORA OLMEDO *(se levanta apresuradamente al verla entrar)*: ¡Hijita! ¿Te sientes mal?
- LA JOVEN: ¿Por qué habría de sentirme mal? Lo que pasa es que. . ., tengo hambre, por eso bajé.
- SEÑORA OLMEDO: ¡Ah, sí claro, qué tonta soy! Siéntate, hija, yo te sirvo. ¿Te apetece algo en especial?
- LA JOVEN: Nada especial, mamá, sabes que me gusta todo lo que cocinas. ¡Buenos días abuelita! *(La anciana entra en esos momentos.)*
- LA ABUELA: ¡Ah, al fin te integras a las comidas! *(La señora Olmedo le hace una seña para que no diga algo inconveniente. La anciana rechaza la advertencia alzando los hombros.)*
- SEÑORA OLMEDO: ¡Se me olvidaba! Tu medicina, me la traje para prepararla y no te la llevé. Debiste habérmela pedido. . . Bueno, no importa, aquí hay un vaso. Ya tiene el agua que necesitamos. . ., ahora cinco gotas. . ., ¡eso es!, toma. . . Voy a la cocina, recaliento la sopa y comemos. *(Sale.)*
- LA ABUELA *(a la joven, casi envuelta en una nube de humo)*: ¿No podías dejar de fumar un momento?, si no los ojos me van a empezar a llorar, se me secará la garganta y no pararé de toser.
- LA JOVEN: ¡Exageras, abuela, siempre estás exagerando!

DIAPPOSITIVA II

La señora Olmedo
El novio
La joven

En la sala

EL NOVIO (*entrando*): Señora, ¿cómo ha estado?

LA SEÑORA OLMEDO: ¡Julián, qué gusto de verlo por esta su casa! Mirita baja en un momento, no creo que lo tenga esperando mucho tiempo.

EL NOVIO: Si va a salir, yo podría llevarla en mi coche a donde guste.

LA SEÑORA OLMEDO: ¡No, Julián, de ninguna manera, no se moleste! No tengo prisa, sólo voy aquí cerca a recoger a mi mamá.

EL NOVIO: ¿Doña Leonor no está en casa?

LA SEÑORA OLMEDO: No, salió a visitar a una amiga suya y aún no regresa. ¡Siempre es lo mismo con ella! , como no tiene noción del tiempo se queda de visita hasta que uno de nosotros va a recogerla. Y como se pasa las noches en vela —Ud. sabe lo poco que duermen los ancianos— no le importa tener de pie a sus anfitriones mientras su amiga tenga la paciencia de hacerle compañía. Me voy, lo dejo en su casa, Julián.

EL NOVIO: Váyase sin cuidado, señora. Yo mismo veré que Edelmira cierre la casa y que no olvide las llaves.

LA SEÑORA OLMEDO: ¡Eso era lo que iba a recomendarle! ¡Usted siempre pensando en todo, Julián! ¡Ah! y no la traiga muy noche a casa, ya sabe lo peligroso que es andar tarde por estas calles. . . , aunque vengan en coche.

EL NOVIO: No se preocupe, señora. (*Sale ella.*) Siempre las mismas recomendaciones. ¿Se dará cuenta de lo monótono que resulta repetirse en cada despedida? Dudo siquiera que esté consciente de lo que dijo. (*Pausa.*) Estamos solos, la casa vacía para nosotros dos. . . (*Pausa.*) Es extraño cuán afrodisiacas pueden resultar unas cuantas palabras dichas al azar, siendo la situación propicia a la lascivia. (*Mete la mano izquierda en el bolsillo del pantalón.*) Los muebles se ven más confortables: una casa es siempre más acogedora que un hotel. . . , y más excitante. (*Toma asiento, se coloca un periódico entre las piernas con intención de cubrirse.*) ¿Por qué olvidaría mi gabardina? Debo evitar todo pensamiento que me excite. (*Pausa.*) A últimas fechas parezco un adolescente tratando de llevar a la práctica sus fantasías de onanista. Me es difícil controlarme y no pedirle que me acompañe al hotel más cercano, sobre todo cuando pienso que

ya ha sabido lo que es la pasión masculina. Sentados en las butacas de un cine es fácil ocultar mi estado, la obscuridad lo solapa, y si las luces regresan me sorprenden sentado. (*La parte siguiente, hasta la pausa, podría mimarse.*) Pero otras veces vamos por la calle, y súbitamente. . ., me doy la vuelta hacia el aparador más cercano. ¡Las cosas que he tenido que elogiar para salir del paso! : “¿Qué te parece el ajedrez de ónix, no es un buen trabajo de artesanía? ; ¡Mira nada más qué padre bomba de agua! ” Ella se da cuenta de cuál es la situación, pero disimula ignorarla y con la nariz pegada al aparador examina las cosas más diversas. (*Adoptando la actitud de un conferenciante.*) Un impermeable o un abrigo es siempre lo más recomendable en estos casos: deberá colocarse sobre el brazo izquierdo. Para impedir que se enrede entre las piernas, lo aconsejable es acortar el paso, e inducir con tacto a la acompañante a que se acople al ritmo recién adquirido. (*Pausa.*) No me atrevería a proponerle que hiciéramos el amor en un hotelucho; no sabría cómo conducir la conversación para llegar al momento adecuado. . . No, con ella sería más difícil. Me sentiría como un desalmado que se aprovecha de su situación. (*Pausa.*) ¿Cómo se habrán portado con ella cada uno de sus victimarios? ¿Es posible que ninguno de sus clientes haya notado que ella actuaba bajo coerción. . .? Bueno, uno como cliente de un lupanar, difícilmente puede concluir que está victimando a quien le exprime los bolsillos por algo, que después de todo, debiera ser siempre gratuito.

(*Aparece la joven.*)

LA JOVEN: ¡Por fin lista! Perdóname por tenerte esperando tanto tiempo; no encontraba algo, y cuando extravió las cosas que necesito, me ofusco, termino por perder la cabeza; hasta que las recupero nuevamente.

EL NOVIO: No se me hizo larga la espera. Déjame verte. . . ¡Mm, estás muy bella esta tarde! Ven, siéntate un momento junto a mí.

LA JOVEN: ¿Te preparo algo de beber?

EL NOVIO: ¡No! Ya nos vamos, solo déjame descansar un momento.

LA JOVEN (*acomodándose a su lado, al tiempo que lo besa y le acaricia la cabeza*): ¿Cansado, mi amor? ¿Tuviste mucho trabajo hoy?

EL NOVIO: Algo, anduve tratando de interesar en mis sketches a un productor de televisión; me tuvo dando vueltas como un condenado todo el día. Donde quiera que me mandaban me encontraba a alguien que me decía: “El señor Araiza acaba de salir, dijo que iba a tal parte”. ¡Qué suaves son al tacto unas piernas con medias. . ., te sienta tan bien su color encarnado. . . (*Reaccionando.*) ¡No debo dejarme llevar por el influjo de unas cuantas palabras!

LA JOVEN: ¿Qué palabras, mi amor? (*Misma acción anterior algo intensificada.*)

EL NOVIO: Nada, nada. . ., te ves especialmente bella hoy. . . ¡Son unas medias tan excitantes, te van tan bien. . ., son tan mórbidas al tacto. . . ¿Estás segura de que no hay nadie más en la casa? (*La joven lo rechaza violentamente al percibir sus intenciones y se suelta llorando.*) ¡Edelmira! ¿No interpretarás mal lo que acabo de decir; es que. . . Bueno, creo que deberíamos tratar de una vez por todas nuestra situación. . . ¡Pero no podré decir una palabra más si continúas llorando en esa forma! Seamos lógicos y razonables, como corresponde a dos personas de nuestra edad. No importa cuán indigna te pudo haber parecido mi actitud de hace un momento; tú sabes bien que mi intención de hacerte mi esposa continúa firme, lo que pudo haber sucedido antes no. . . (*Ella intensifica sus sollozos.*) ¡Edelmira! Nada puede cambiar lo que existe entre nosotros; mi amor por ti está por encima de cualquier eventualidad, no tienes ningún derecho, ni razón suficiente, para dudar de mi sinceridad. (*Aparte.*) ¡Está bien, seamos ilógicos! (*Volviéndose hacia ella y tomándola en sus brazos.*) Debo decirte, primeramente, algo muy importante: te agradezco la oportunidad que me ofreces para expresar mi posición concreta ante tu tragedia personal. ¡Hela aquí! Sé que un hombre menos enamorado que yo hubiera recapacitado antes de reanudar su relación amorosa, existiendo un cambio tan decisivo en la posición social de la amada. Pero el verdadero amor desoye todo asesoramiento de la razón, y yo como cualquier amante convencido, he desafiado toda convención social a fin de seguir amándote como antes. (*Ella reclinará su cabeza sobre el hombro del novio e irá cediendo a sus caricias.*) Veamos, después de todo, ¿qué significado profundo y qué enseñanza nos deja tu experiencia? ¿Nos ha degradado en alguna forma? Hagamos un juicio maduro y veremos cómo gracias a ella ambos hemos superado nuestra etapa anterior.

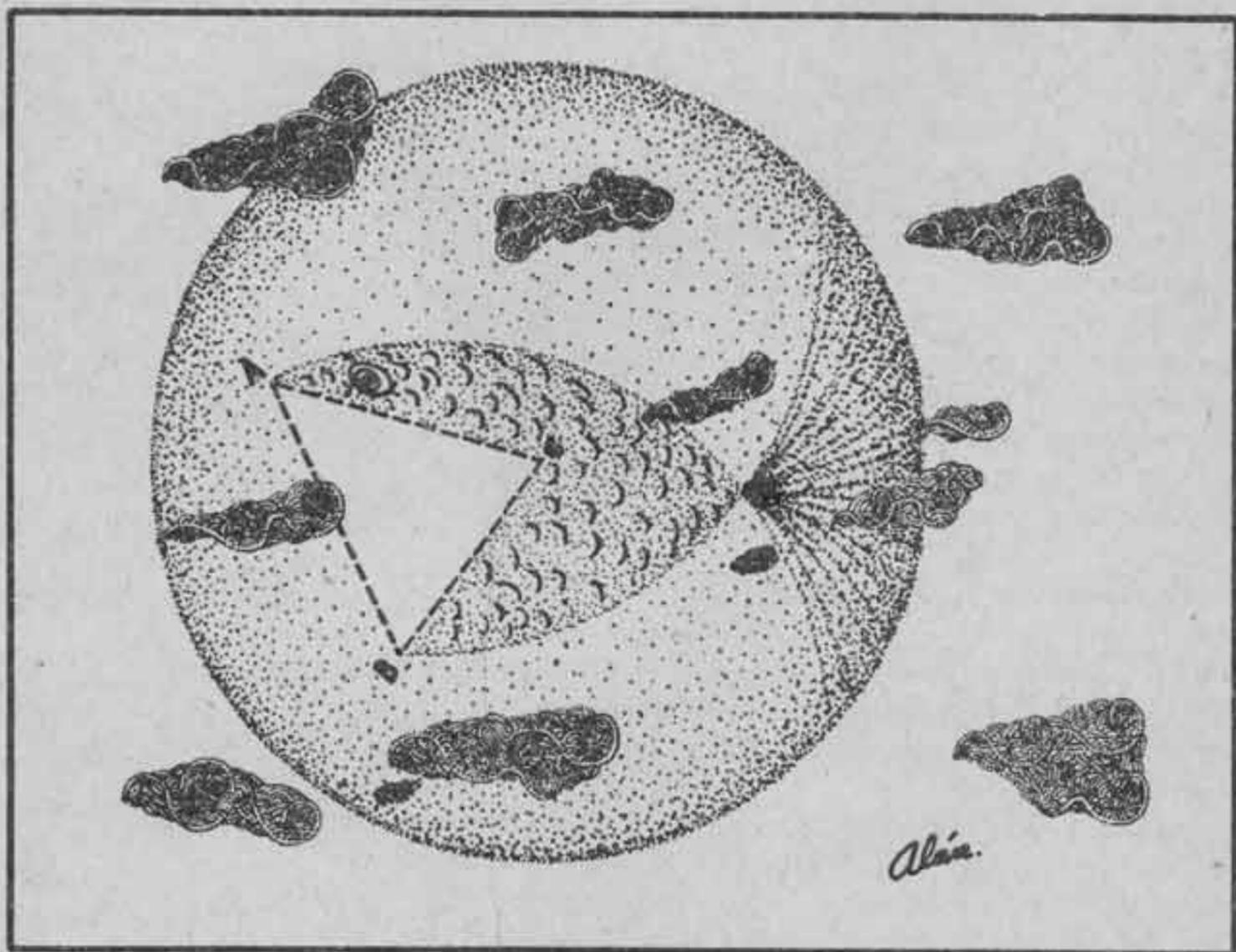
Yo era un jovencuelo, cuya meta inmediata, consistiría en casarse con una joven que terminaría su carrera universitaria, para, inmediatamente después, colgar su título al lado del acta de casamiento, en la sala de nuestro futuro hogar; y darse por retirada de la vida profesional, aún antes de haberla ejercido. (*Empieza el acto de seducción. El la irá desvistiendo, y en acción simultánea, se despojará de sus propias ropas. El obscuro final lo sorprenderá sobre ella. La acción se llevará a cabo hasta donde se juzgue conveniente.*) Pero un día, la joven desaparece, víctima de unos tratantes de blancas, saliendo de un café de la zona roza; por iniciativa de alguien que supo apreciar sus atributos anatómicos —¿por qué no admitirlo?—, mejor que su propio pretendiente. Cuando después de meses de pesquisas —y cuando ya la policía acabó con la cuenta bancaria del padre—, la joven es rescatada de un cabaret fronterizo; pero ya nunca podrá ser la joven del título no ejercido, pues ya es toda una mujer. . . (*jadeos de ambos hasta el final*) que no necesitará terminar una carrera universitaria para haber ejercido una profesión. . ., y haber formado parte de la población laborante del país. . .

(Obscuro. Se oyen las voces en los extremos del escenario.)

VOZ DE ELLA: ¿Ya te vas, viejo? No me vayas a tener con la comida hecha y enfriándose. Recalentada no sabe igual.

VOZ DE EL: ¡Ay gorda! Si por mí fuera, siempre comería a mis horas; ¡pero no te imaginas cómo está el tráfico en el centro a las dos de la tarde!

(Se escucha un portazo dando fin a la escena.)



DIAPPOSITIVA III

La joven (ahora "la esposa")
El novio (ahora "el marido")
Un amigo

(En el comedor.)

LA ESPOSA (*al amigo*): ¿Nada más, Ramoncito?

EL AMIGO: Nada más, gracias. Con el café solo me basta.

LA ESPOSA (*al marido*): ¿Y tú, mi vida?

EL MARIDO: No, nada. Con el café tengo. (*Al amigo.*) ¿Así que te vas a la Argentina?

EL AMIGO: Sí, viejo, no hay que desaprovechar una ocasión así. Me anquilosé con el matrimonio; pienso reponer el tiempo perdido en Mar del Plata. Ya que la suerte es propicia.

EL MARIDO: ¿Y qué dice a eso Leonor?

EL AMIGO: ¿Qué va a decir, viejo? Nada. Nos divorciamos dentro de un mes; así es que me voy solterito a Sudamérica.

EL MARIDO: ¡Ah sí! , ¿se separan amistosamente, entonces?

EL AMIGO: Sí, ¿por qué no? En cuanto me presente a mi sucesor le doy la mano; y hasta su abrazote para agradecerle el favor recibido.

LA ESPOSA: ¡Ay, cómo es usted, Ramón! ¿Me permiten? , sólo me llevo los trastes que nos estorban aquí y regreso. (*Sale por una puerta que ha de ser la de la cocina.*)

EL AMIGO (*en tono confidencial, al marido*): Aquí entre nos, Julián, ¿no te gustaría irte conmigo a la Argentina? Podía arreglar todo para que me acompañaras.

EL MARIDO: ¡No puedo, hermano! , por ganas no queda.

EL AMIGO: Deja a la vieja un año, nadie te la va a quitar. No desaproveches la oportunidad.

EL MARIDO: No, hermano, ¿qué te pasa?

(*Regresa la esposa.*)

LA ESPOSA: Mire, Ramón, pruebe este dulce hecho en casa; a ver qué le parece.

EL MARIDO: Ramón detesta los dulces, querida.

LA ESPOSA: Nada más una probadita, un poquito. Pruébelo, si no le gusta, con toda confianza lo deja.

EL AMIGO: ¡Así esta bien, así esta bien! (*Le retira el plato, evitando que ella aumente la ración.*) (*Al marido*): ¿No has escrito algo últimamente?

EL MARIDO: No tengo tiempo. . . para escribir aunque a veces tenga ideas. Tú sabes como es eso. Se requiere tiempo y, sobre todo, tranquilidad para crear.

LA ESPOSA: No empieces, mi vida. Jamás he visto un padre que se queje de su hijo, como lo haces tú con tanta frecuencia.

EL MARIDO: No he mencionado para nada al niño, mujer. No incluyas en esta conversación nuestros problemas personales, ¿quieres?

EL AMIGO (*picando lo que tiene en el plato*): Sin embargo, yo creo que deberías de hacer un esfuerzo por volver a escribir. Es cierto que antes nos ayudábamos mutuamente; después nos casamos y nuestros intereses más inmediatos llegaron a ser diferentes. Yo, por mi parte, nunca he dejado de ejercitar la pluma. ¡Y vaya que Leonor y yo, a veces, nos las vimos negras!

LA ESPOSA: Sí, pero ustedes tuvieron la suerte, si se le puede llamar así, de no tener hijos. Nosotros tenemos a nuestro Juliancito y, como todos los padres, tenemos que pensar en su futuro.

EL AMIGO: Puede empezar a labrarse un futuro vendiendo chicles o periódicos, en cuanto sepa caminar, como lo hacen tantos niños en México. El artista necesita hasta del apoyo de sus hijos, si los tiene.

EL marido (*riendo con desenfado*): ¡Qué buen chiste!

LA ESPOSA (*viendo que sólo ha sido una broma, sonríe por compromiso*): ¿Sabe qué solía hacer Julián, todas las tardes, cuando regresaba de su trabajo? Se encerraba en la recámara con la idea fija, de que sólo privándose, y privándonos a todos de diversiones, se pondría a escribir, a "crear algo", como ustedes dicen. Nunca vi que terminara ese "algo". ¿No es cierto Julián?

EL MARIDO: Nunca tuviste suficiente paciencia para esperarlo. . .

LA ESPOSA: ¡Ya ve! , no miento. Así que un día le dije que dejara de perder el tiempo —¡Ya se imaginará la escena que me hizo! —, y que tratara de conseguir un trabajo mejor remunerado, aunque le ocupara tiempo de ese su precioso tiempo de escritor. Las necesidades cuando se tiene un hijo son siempre mayores, Ramón aunque usted no lo crea.

EL AMIGO: Lo creo, por eso nosotros no tuvimos hijos.

LA ESPOSA: ¡Para ustedes los hombres todo es tan fácil! Bueno, parece que siempre no le gustó mi dulce. (*Se dispone a recogerlo.*)

EL MARIDO: ¡Déjalo ahí, mujer! , en este momento estamos platicando. Después recoge todo lo que quieras.

LA ESPOSA: Ahorita vengo, no me tardo. Es cosa de un segundo. (*Sale.*)
(El marido emite un chasquido de descontento cuando ella desaparece.)

EL AMIGO: Creo que dije algo que no debí haber dicho.

EL MARIDO: Siempre es lo mismo, no te preocupes.

EL AMIGO (*en tono confidencial, nuevamente*): ¿Por qué no lo piensas y te vienes conmigo? Si necesitas dejarles algún dinero, yo tengo algunos centavos ahorrados que podrían sacarte del apuro.

EL MARIDO: ¡No, no viejo!

EL AMIGO: Con toda franqueza, ¿ya no te interesa escribir, ya se te acabó la vocación?

EL MARIDO: ¡No es eso, Ramón, entiende! Edelmira tiene razón, en cuanto se refiere al niño. ¡Cómo voy a abandonar a mi hijo y largarme al extranjero!

EL AMIGO: "Abandonar" es una palabra demasiado melodramática; te alejarías de él temporalmente. Lo que te propongo es salirte del estado de enajenación en que vives, y que está acabando con tus facultades.

EL MARIDO: Lo sé, agradezco profundamente tus intenciones, pero. . . (*se interrumpe al ver entrar nuevamente a su mujer.*)

LA ESPOSA: Ya que despreciaron mi dulce, a ver qué les parecen estas galletas hechas por mi mamá.

EL AMIGO: Gracias, no van mal con el café. (*Sin embargo no toma ninguna.*)

EL MARIDO: ¿A quién de nuestros conocidos has visto últimamente?

EL AMIGO: A Adalberto Correa, que acaba de regresar del Brasil. Me preguntó por ti, tiene mucho que platicarte.

EL MARIDO: Creo que alguien me había dicho que estaba en París.

EL AMIGO: No, ése es el imbécil de Leonardo, su hermano. Regresó igual que como se fue; todo lo que sabe decir es: "¡París es fantástico! Deberías de estar ahí. ¡Aquello sí que es fabuloso!" Por otra parte creo que ya no hay nada que decir acerca de París, por eso prefiero irme a cualquier otro lugar del mundo.

LA ESPOSA: ¡Ah París! . . . ¿No creen que deberíamos pasar a la sala? Es un lugar más cómodo para platicar.

EL AMIGO: Yo ya me voy dentro de un momento.

EL MARIDO: Aquí estamos bien, querida.

LA ESPOSA: ¿No gustan otra taza de café? Ya ha de estar caliente el agua. Vuelvo en un segundo, voy por ella. (*Sin esperar respuesta, desaparece.*)

EL AMIGO (*confidencial y apresuradamente*): ¿Entonces qué, de eso que te dije?

EL MARIDO: No. . . (*Reaparece la esposa.*)

LA ESPOSA: Con permiso, me llevo las tazas.

EL MARIDO: Están bien así las tazas, querida. ¿Para qué lavarlas de nuevo?

LA ESPOSA: Shhh. . ., es cosa de un segundo. Mientras, sigan platicando. (*Sale.*)

EL MARIDO (*en voz baja*): ¿Qué íbas a decir?

EL MARIDO: ¡No puedo, de veras!

EL AMIGO: Creo que deberías de pensarlo bien. . ., digo, si te interesa volver a escribir.

EL MARIDO: Ya te dije antes que pienso seguir escribiendo. Con un poco de esfuerzo, pero pienso continuar.

EL AMIGO: No te engañes, tú sabes que para crear necesitas un ambiente propicio, estimulante. Rodearte de personas con las que puedas entablar una comunicación menos elemental. . . Tú sabes lo que quiero decir, si no lo he dicho. Además. . . creo que a estas alturas no es ningún secreto para ti que Edelmira no tiene ninguna fe en lo que escribes; es algo que desconoce y, lo que es peor, no desea entender.

EL MARIDO: Sí, concluirás con que me casé con la mujer con la que no debí de haberme casado.

EL AMIGO: Eso sólo tú puedes decirlo. No, tal vez es sólo que ella no aprecia debidamente tu faceta de escritor, porque no te ha visto más que autoengañarte; “perder el tiempo”, como ella dice. Tienes que demostrarle que escribir es algo vital para ti, y no hay otra forma a mano que salirte del círculo en el que tu matrimonio te ha encerrado. Conmigo las cosas volverían a ser como antes, o mejores, porque ninguno de los dos se entretendría en buscar su camino.

EL MARIDO: No entiendes, no es éste el momento propicio. . . (*Entra la mujer con las tazas limpias.*)

LA ESPOSA: ¿Se puede saber qué cuchichean?

EL AMIGO: Le elogiaba a Julián sus nopalitos con huevo.

LA ESPOSA: ¿Le gustan? Julián en un principio me los dejaba. No quería que los hiciera, creyó que usted no los comería.

EL AMIGO: En realidad no me agradan, son demasiado sosos para mi gusto; pero los como desde que alguien me dijo que poseían cualidades afrodisíacas.

LA ESPOSA (*al marido*): ¿Cómo afrodisíacas?

EL MARIDO: ¿Afrodisíaco? . . ., luego te explico.

LA ESPOSA: Voy por el agua para el café. (*Al salir ella, el silencio reina. Hasta su regreso.*) ¿Por qué tan callados? ¿No tienen nada más qué platicar?

EL MARIDO: ¿Mm. . .?

OBSCURO

